

“El es quien cultiva la vid; la vid, soy yo.
 “Vendrá como lo hizo con Jacob y con Amos, con la podadera en la mano á podar mis ramas y cuidando las fecundas cortará las estériles

“Instruid al pueblo con ternura cuando vayais por las ciudades.

“Sonreid, no tengais disputas.

“Cuando esteis entre las tumbas hablad bajo, porque en el fondo del sepulcro hay siempre una oreja abierta.

“Aquellos que se creen dormidos bajo las yervas, escuchan, y vuestras voces les hablan en los vientos y sabed que esa es la mansión de los vivos.

“Quien maldice debe temblar

“No hagais nada demasiado pronto.

“Esdras viendo al hijo de una mujer maldita lo asió y lo arrojó al mar por efecto sorprendente de un celo muy amargo, Dios lo ha castigado.

“Marchad por el camino trazado.

“Amad, no envidies á los otros su pensamiento, es necesario contentarse con la inteligencia que se tiene.

“Uno es más sabio, otro más bondadoso; Dios puso más fruto á la higuera y más sombra al sicomoro.

“Creed!”

“Después agregó aun otras palabras y de repente dijo, palideciendo y recorrido por escalofríos. “Vamos, el que debe venderme está cerca de aquí!”

VII

PRINCIPIO DE LA ANGSTIA

Entonces se alejó á cierta distancia, lo que alcanza la piedra de una honda, se puso de rodillas y oró.

Mucho tiempo permaneció solo y como lleno de espanto.

Decía.

“Señor! apartad este caliz de mi...” lo demás en el cielo tenebroso se perdió.

Los discípulos dormían, Cristo volvió á ellos y les dijo:

“Ni una hora habeis podido velar.”

Y después:

“Es así como conviene que yo muera

“Debe ser así y nada en el mundo puede cambiarlo.

“He venido para ser abandonado; está

bien; es preciso que se me aisle como á un miserable!"

A lo lejos se distinguía el venerado templo edificado por Salomón en el monte Moria.

"Perdón para todos, dijo Cristo." Mas Pedro exclamó.

"Si alguno no os ama y os abandona, no será Pedro! porque soy vuestro sacerdote; que se abra para vos la tumba y descenderé en ella gustoso."

Jesús le respondió tranquilo, en tanto que Andrés, Judas y Tomás volvían hacia él sus cabezas canosas.

"Renegarás de mí, tu, Pedro, ante que el gallo cante tres veces."

VIII

CRISTO VE LO QUE SUCEDERA

Después de esto Cristo se fué á orar en el fondo del bosque; meditaba y decía:

"Mi alma está triste hasta la muerte y en mí el hombre tiembla y resiste.

"Me estremezco como Job y temo como Judith!

Después habló tan bajo que solo Dios lo

escuchó; de repente exclamó, pálido como un profeta:

"Duelo, lamentación y dolor, sobre tu cabeza oh! Balaath, invadido por un pueblo pendenciero.

"Desgracia para tí, Corazain, y para tí, Bethsaide, porque habeis desdenado mis oráculos.

"Si yo hubiese hecho los mismos milagros, voceado la misma llamada, ofrecido el mismo perdón en Ninive de la cien torres y en Tiro y en Sidón; Ninive habría llorado y Tiro descendido de su trono y Sidón vestido el saco de ceniza.

"Esto se acabó ya; os veo desiertas y estais mudas como un lago, cuyas aguas han desaparecido.

"Vuestros jardines tienen el olor de los cementerios.

"Todo se derrumba; vuestros palacios ya son lúgubres bajo el peso obscuro de los castigos divinos.

"No son más que paredes desprendidas, inútiles y vanas; las quijadas de los muertos son menos terribles.

"Desgracia! ya no se verá el grano salir del arnero; no más cortesanas sentadas en sus lechos; ni se oye escupir á los que pasan; la

yerba crece abundante en los senderos por do pasaban las mulas y las cebras; el medio día en todo su brillo, no hace más que aumentar vuestras tinieblas.

"Por más que se pinte el sepulcro de blanco, siempre queda negro.

"El sol estará presente á vuestra desesperación.

"Vuestros escombros están llenos de antros espantosos.

"Oh, Moisés! han hecho una hendidura á las tablas; han roto la ley.

"Está bien; morid.

"Estareis tan temblorosos, pueblos, y se-reis tan expulsados, que formareis debajo de la tierra una segunda ciudad.

"Del mismo modo que bajo los apresadores desbordado corre el aceite, la sangre corre en arroyos bajo la planta de los príncipes, aplastando á Ruben y Zabulón.

"Isacar y Leví están abolidos, desmembrados y desiertos como después de la caída de Cartago.

"Se vende un pueblo como se vende una bestia en el mercado.

"Desgracia! Oh! Jerusalem, mansión del crimen, tu estarás muerta entre las ciudades muertas.

"Los reyes harán esculpir un marrano en el frotón de tus puertas.

"Tu serás una ciudad iufame y se prohibirá que ni aún te miren de lejos.

"La mujer llorará por ser madre ó por la actitud de lactar.

"El que te contemple, creará ver la cicatriz de los rayos en la frente del mundo castigado.

"Tu serás el lugar en donde acaba la piedad."

Quando Jesús hubo hecho estos reproches á las ciudades, se aproximó á sus discípulos y les dijo:

"Estad tranquilos; no es vuestra hora, es la mía

"Todo está bien, siempre que mi muerte emancipe.

"Todo está bien, si en la verdad el hombre satisface su sed.

"Me elevaré sobre esta tierra, y desde lo alto del cielo lo atraeré todo hacia mí.

"Cristo termina el combate empezado por Miguel."

Su pupila apareció extraña y parecía ver cosas en el fondo de su espíritu, nacidas confusamente.

"Las tres mujeres con duelo en sus sem-

blantes y ropas, se allegarán al sepulcro; caminarán una tras la otra, humildes inclinando la cabeza por el lugar bajo y la entrada estrecha y verán allí á un hombre jóven, sentado en el ángulo derecho de la tumba, quien les dirá, sereno como un sol en su Oriente: "¿Por qué entre los muertos buscáis al vivo?"

"La visión de un ser extraordinario que se incorpora en un sepulcro, hará huir á los soldados llenos de un espanto sagrado.

"Tres días después de mi muerte resucitaré; pero aunque parezca blanco, próximo al manantial, vosotros me vereis como una forma incierta.

"Magdalena creerá que es el jardinero; Tomás empezará por dudar y negar; pero los agujeros de mis pies le obligarán á creer y cuando haya puesto en mi herida negra su dedo, que retirará tibio y húmedo por la sangre, irá á meditar estremeciéndose, allá en la sombra.

"Orad; no entregueis mi doctrina á las disputas; las espigas no son para las langostas.

"Cuando ya no esté aquí, propagareis mi ley; muchos se engañarán; el error nacerá de mí.

"La sombra es negra, aun cayendo de los cisnes.

"Cuando yo me ausente de esta tierra, vereis grandes señales.

"Las tinieblas aumentarán en la frente de Israel,

"Se oirá hablar una voz en el cielo y todos mirarán la sombra extraordinaria.

"Lucas dirá:

"Es un ángel!

"Y Juan:

"Es el trueno!

"Llevaré los corazones á cuevas y los labradores harán surcos en mi espalda.

"Esos labradores sois vosotros, y vuestra obra es austera.

"El hombre no tiene nada, ni bolsillo con oro ni un rincón de tierra que pueda llamar suyo en este mundo,

"Sin vacilaciones, marchad al fariseo y decidle.

"Fíjate en el fango inmundo en donde te revuelcas!"

"Sed dulces y buenos, amaos los unos á los otros....."

En este momento Jesús se estremeció, habló consigo mismo y cerrando los ojos dijo:

"Ya está aquí!"

Judas apareció seguido por hombres armados con picas.

IX

JUDAS

Judas aproximándose, lívido, con las manos crispadas, besó á Cristo.

El cielo se obscureció.

Jesús preguntóle:

‘Amigo mío, qué vienes á hacer aquí?’

Después continuó vuelto hacia Dios:

‘Tu me abandonas, Señor, pero yo no pierdo á ninguno de los que me has dado.

‘Mi muerte basta y solo yo la sufro.

‘El pastor debe perecer salvando á las ovejas.

Y señalando á sus discípulos el maestro dijo á los soldados:

‘Cristo es fácil de reconocer; yo soy á quien buscáis, héme aquí; aprehendedme y dejad que se vayan libres estos hombres.’

Simón exclamó sacando la espada:

‘Dios, por quien Jezabel fué herido, viene á defender tu Cristo; oh! Dios, que castigastes á Herodes por haber matado á Matías!’

Y levantando la espada fué derecho al grupo de soldados é hirió al primero que se ofreció á su alcance, llamado Malcus, ayudante del verdugo.

‘Retirad y ocultad esa espada, le dijo Jesús, quien hiere con hierro con hierro será herido.’

Después prosiguió:

‘Puesto que se ha empezado que se acabe.’

Y él mismo se colocó entre los soldados, poniendo su mirada lejos de todos para evitar á Judas.

Alguien del templo gritó:

‘En marcha, que el tiempo pasa!’

‘Podiais haberos apoderado de mí hace algún tiempo, cuando iba al templo á enseñar, entonces estaba al alcancance de vuestra mano, no teniais más que extenderla, y os valeis ahora de la traición y venis de noche como un ladrón; podría decir á Dios apareced y se oirian acudir á las tempestades y veriais temblorosos por encima de vuestras cabezas abrirse y flamear á la sombra y á millares de ángeles y á todo el abismo con todos sus leones y si agregara: ven tu mismo! vuestras pupilas verian de pronto, entre rayos eternos, surgir de la nube

una frente prodigiosa; mas no conviene que llame á los cielos; obrad; porque esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas; y Dios os entrega la inocencia, y todo debe cumplirse conforme está escrito."

Así les habló Jesús cuando le ataban los puños.

Terminado que hubieron de atar á Jesucristo, el jefe dijo.

"Es preciso llevarlo."

Lo qué efectuaron.

Y todos aquellos á quienes había amado huyeron.

X

LIBITH ISIS

Oh! Juan de Palhmos, visionario azorado, cuando te ocultabas tras los matorrales con San Márcos. entonces joven, y ya uno de los levitas, inclinándoos sobre los árboles negros, visteis en la colina un ser extraño, vago, solo, en pie en el estremeimiento lívido de una mortaja.

Era sombra teniendo la forma de una mujer.

Ese ser espiaba á Cristo en medio de la infame turba que le aprendiera, cual si estubiese allí, cumpliendo una misión.

Ahora bien, esta turba apercibió, al entrar á Sión, á esa mujer fijando sobre ellos en las tinieblas sus dos ojos que parecían dos estrellas fúnebres.

Uno de la multitud, á quien el Toldos llama Eddon-Azer, corrió hacia ella para asirla.

El ser, semejante á los fuegos-fatuos que huyen en los osarios, desapareció dejándole en las manos el sudario.

Mas tarde, después de la aprehensión, los soldados, narrando cómo habían tomado á Jesús de Nazareth, dijeron que habían visto sobre la montaña sombría á esa Lilith que nombran Isis á los bordes del Nilo.

XI

JESUS EN CASA DE ANAS

Jesús, amarrado, marchaba y decía:
"Así seál"

Primero lo llevaron á casa de Anás, anti-

guo gran sacerdote, para que allí esperase la hora de comparecer.

Criados, harapientos, vendedores de pescado, sacrificadores vestidos á su usanza, la ola de los curiosos que pasa y á pasar vuelve, rodeaban á Cristo sentado en el fondo de un c arto bajo y estrecho.

No obstante ser de noche Anás estaba en pié.

Descendió de sus habitaciones y llegó hasta Jesús á quien interrogó.

Cristo dió esta respuesta:

“Interrogad á la multitud.

“He vertido mi espíritu como una agua que se desliza y corre.

“Sacerdote, tengo dos testigos: el hombre y el firmamento; háblales.

“Yo enseñaba publicamente por doquiera, y en cuanto á mi reino no es de este mundo.

“No tengo nada que decirte, ni que callar.

“¿Qué vienes á preguntar ahora?”

Un soldado le golpeó con su vara diciendo:

“¿Es así como se responde á nuestro gran sacerdote?”

“Si he dicho mal, puedes censurarme, dijo el dulce maestro, más si hablé bien, por qué me hieres?”

Anás decía, ajustándose las ropas, por haberse vestido apresuradamente.

“¡Tengo frío!”

Y todos gritaban.

“Es un impio! ejemplo! costigo!; Señor, ha dicho que destruiría el templo, y que en tres días lo levantaría de nuevo.

“Pueblo! respondió Anás, toca al tribunal y no á mí pronunciar la sentencia, porque yo no formo parte de ese cuerpo”

Y dejándoles su presa, volvió á su alcoba.

Entonces vendaron los ojos del paciente y todos le ultrajaron y mezclados confusamente todos le insultaban y decían: adivina quién te hiere y profetiza, oh sabio! dínos quién te escupe a la cara; seca, si puedes el puño que te golpea, Mesías!

Y los lacayos abofeteaban á Jesucristo.

XII

LOS DIEZ Y NUEVE

El día está lejos aún; ni el mas ténue rayo aparece en el oriente frío y negro.

Se adelantan á la hora; y los jueces, cuyo,

orgullo consiste en hacer lenta la marcha de las causas, suben con el aspecto tranquilo y amodorrado las gradas del tribunal.

El gran sacerdote lleva zapatos, los sacerdotes calzan sandalias.

Cada uno de ellos tiene grabado un nombre en el respaldo de su asiento.

El Gabbathá, que también se llama Alto, Enlozado, es el palacio lúgubre en donde el tribunal se encuentra situado.

Delante de la puerta está un vaso de bronce con agua; sobre la superficie flota un corcho y este parece decir al que pasa y piensa en ello con espanto.

El agua es el pueblo y nada puede hacer sumergir á la ley.

El Sanedrin, bajo el cual la judea se doblaba, fué esbozado por Moisés, aumentado por Macabeo, y después de haber soportado el exámen arrogante del pretor Gabino; es espía del Senado Romano, se refugia como un buitre espantado en una especie de sombra inquieta y sagrada.

En otros tiempos el pueblo vil que horriguea á los rayos del sol, apercibía á veces ese austero aparato que la ley triste, invade con su cólera vaga, las tablas, las gradas, la cámara circular; los doctores en

lo alto sentados en sus sitiales, los escribas en sus sitios á los pies de los doctores; el enjambre de los niños con túnicas escarlatas y los levitas sobre esteras esparcidos por el suelo.

Ahora todo se hace en secreto.

Lejos de todas las miradas, el príncipe preside; espectro misterioso, teniendo al Padre á su derecha, al Sabio á su izquierda.

En la obscuridad es donde se trabaja y se siega.

Pudiendo oír Roma se ocultan los debates.

El Sanedrin se cubre con un velo y la ley habla en voz baja.

Por lo tanto este Senado de oración, desde Gabino hasta entonces, se reunía en el lugar llamado en hebreo Liscat-Hagazit.

Este tribunal, que hace una brecha á la ley y que sabe solo el cómo y el por qué para castigar al blasfemo, señala diez y nueve jueces.

Estos diez y nueve, ante quienes el impío se halla sin refugio posible, se encuentran en el Gabbathá.

El salón es ancho y alto.

Oliad lo esculpió.

La noche nunca abandona ese lugar sin ventanas.

Una lámpara basta para iluminarlo, no exigiendo más la frente pálida de los sacerdotes.

Diez y nueve sillas de cedro, en el fondo del cintro obscuro, mezclan su doble hilera con las tinieblas del muro.

Se siente allí que la inocencia, la virtud, el crimen y el vicio tiemblan delante de esta sombra humana, la justicia.

El polvo de los años, cerca del techo, empaña un querubín abriendo sus alas de granito:

Los philacteros, así llamados en griego, cubren las paredes.

En el oro de los caracteres santos, textos brumosos, esparcidos sobre los muros, en placas de hierro, la luz de la lámpara arranca por momentos un relámpago vago.

Los jueces, helos aquí.

Ocho escribas, con la cabeza descubierta, cuatro doctores instruidos en la ciencia, cubiertos con el velo, llamado *taled*, con la vista fuera del mundo real, y confundidos con los doctores siete *ancianos* de Israel vestidos de blanco y pensativos bajo sus turbantes mitrados.

Sabaot resplandece en las pupilas de estos sombríos árbitros.

Subiendo á su lugar, cada juez recita en voz alta un versículo, como lo hacía Aaron.

Diríase que la ley feroz los embriaga.

Los *sciamas* tienen las llaves; el *cazan* el libro.

La mirada fija en el texto, escrito por el rey David, los dos sacerdotes llamados los Esposos de la Ley, leen, alternándose gravemente, uno la primera página, el otro la última.

La lámpara es de cuatro mecheros como la de Endor.

Un escalón de *sithim*, con clavos de oro formando estrellas, hace resaltar el ancho trono de marfil en donde preside Caifás, destinado en la sombra al suicidio,

Sus sandalias son de púrpura y su túnica de lino.

En torno de cada brazo lleva un *taffilin*, en donde puede leerse un versículo reasumiendo la doctrina.

El *racional* que lleva sobre el pecho, se une á la majestad de sus ricos vestidos, llevando grabados en rubíes los nombres de las tribus.

El gran sacerdote está sentado; fatal como un profeta.

Como al soplo del viento, en la noche, bri-

lla y tiembla un fanal, así vagamente se ve agitarse sobre su cabeza, la tiara, claridad del sombrío tribunal.

El rumor de los versículos recitados se acalla; todo enmudece; cada juez está al fin sentado en su silla respectiva.

Cristo se halla de pié, delante de estos hombres tenebrosos.

Sus pupilas, inagotables en rayos luminosos, resplandecen sobre ellos.

XIII

LA COSA JUZGADA

El oficial del templo exclama:

"Ancianos! se delibera.

"Gloria al Dios santo y gloria al emperador Tiberio!"

Rosmophin se levanta y dice:

"El hombre que veis aquí se ríe de las leyes y de los santos por Dios mismo enviados; se cree más grande que ellos y pretende ser Mesías; se llama á sí mismo rey de los judíos; miente! el arca está ennegrecida por la noche que sale de sus discursos; este

hombre debe morir; nuestros padres siempre han abierto sepulturas para los que violan la ley."

Josaphat exclamó:

"Que muera el hombre de Galilea!"

Archías de Mambré dijo:

"Observemos la ley; es preciso que por el sacerdote lo entreguemos al príncipe y que Herodes se lo envíe á Pilatos.

"¿Para qué sirven las leyes que no son obedecidas ni por el rey ni por los jueces?"

José de Ramathá.

"El hombre es inocente!"

"El destierro," dijo Potifar.

"No, dijo Samech, que haya sangre!"

Nicodemus:

"Primero las pruebas."

"Primero, respondió Terás, que se le mate! y que mañana se busquen dos ladrones que lo acompañen en la cruz puesto que este hombre ha dicho: "somos tres!"

"Que muera según las formas prescritas" dijo Rifar,

Gamaliel, jefe de ritos, se levanta; este sacerdote inflexible vió ya el primer vuelo del águila espantosa aun joven; que más tarde se llamará Pablo

Habla, con la vista en lo alto.

“La indulgencia, es semejante al maniqué con el cual se atrae y engaña y apresa una ave

“Justo ó no puesto que ha ofendido á las leyes, es preciso que muera!

“No, replicó Joram; yo lo absuelvo; las sentencias demasiado severas hacen vivir mal á la ley y es bueno siempre que el acusado halle benevolencia en su juez.

“Sobre la severidad de los jueces, la justicia llora como el niño sobre el pan negro que come.”

“Ese lenguaje es pagano, dijo Sareas; la muerte!”

“Que muera, dijo Elieris, predica el pillaje!”

“Que muera, repite Diras, combate la esclavitud ”

Y Sabinti se indigna en nombre del Sanhedrin; *atestigua* con el baso de los doce bueyes de bronce y exclama:

“La muerte! que muera, ó de lo contrario el arca viene por tierra!”

Simón, que fué más tarde leproso, dijo:

“Que se le mate!”

El senador Mesa se levanta después de Simón:

“Si dice la verdad es un Dios; si miente

es un demonio; luego es necesario que se le adore ó que se le extermine.”

“Dios, dijo Ptolomeus, puede tener su gusanería.”

Y Rabam lanza este grito que se pierde en el rumor:

“No lo condeneis antes de haberlo oído.

“La sabiduría empieza y acaba en el pontífice; toda sentencia debe ser dada por el gran sacerdote.”

Caifás se levanta, el último; lleva sobre la frente el doble cuerno de la tiara en donde brillarán siempre los dos rayos del jefe de la tierra prometida, más semejante á Satanás que á Moisés.

El dice:

“Vale más la muerte de un hombre que la muerte de un pueblo.

“Del violo de las leyes sale el cadalso; es necesario castigar, si no, desgracia!

“Cualquiera que vacile, es una alma nocturna, visitada por el demonio.

“El juez indulgente, sigue al crimen como lo haría un perro que siguiera á su amo.

“El que ignora estas cosas, no sabe nada ”

Después semi vuelto hacia Jesús agregó:

“Tal vez tu voz haga derrumbarse esta bóveda; sin embargo, habla; ¿es verdad que

te has vanagloriado de ser el hijo de Dios santo en la eternidad?

Cristo respondió:

“Tú lo has dicho, Sacerdote!”

Y como se distinguían confusamente algunas sentencias escritas en el muro, les indicó á los jueces con el índice este versículo:

“El sabio adora á Dios; cualquiera que sea espíritu lo ama,

“El sol no es negado en la suprema esfera ni por el astro Allioth ni por la estrella Algol.

“Cuando Dios se ofrece, no creer es un robo; el que niega es hijo del que roba.”

“Blasfemia!” dijo Caifás, y desgarró su túnica—aunque esto le fuese prohibido por la ley,—y pálido exclamó:

“Paz á los hombres de fé.

“Yo, Caifás, inclinado ante el Señor, pienso que la pena es para el mal, y para el bien la recompensa y que se necesita esclarecer á los que un embaucador ha engañado.

“Yo condeno á muerte al hombre llamado Jesús.”

Entonces un sacerdote partió en dos pedazos una vara negra.

Caifás volvió á sentarse en su trono de marfil.

Se llevaron después á Jesús.

Los jueces quedaron solos; sus túnicas en la noche que había en ese recinto parecían mortajas y en torno de Caifás, en oración, guardan todos silencio.

XIV

LA FIDELIDAD DEL MEJOR

Pasando una criada por el patio en donde estaba Pedro calentando sus manos al calor de una fogata, le dijo:

“Vos fuisteis una de las gentes que acompañaban á ese Jesús, que este es el nombre con el cual le señalan.”

Pedro respondió:

“Mujer, de quién hablas? á ese hombre jamás le he conocido.”

Entonces cantó el gallo.

Ya los verdugos en la cima del Gólgota cavaban la tierra á fin de colocar el suplicio.

Pedro, pensativo, se hallaba en el patio del gran sacerdote, confundido entre la multitud.

Alguien le vió y al instante, llamándole, exclamó:

“Vos seguiais á ese Nazareno?”

Pedro dijo:

“Ignoro lo que quereis decirme.”

Momentos después, una mujer, riendo, dijo.

“Vos conoceis al hombre que se está juzgando aquí, porque habeis venido también de Galilea.”

Entonces Pedro, juró de un modo execrable, diciendo;

“No, jamás he visto á ese hombre.”

Entonces el gallo cantó en la puerta.

La noche cubría los negros caminos.

Pedro acordándose ocultó su frente entre sus manos y se puso á llorar amargamente en la sombra.

XV

LA OTRA SILLA DE MARFIL

Los escribas, los doctores y los sacerdotes en gran número, rodean, precedidos por un levitaregonero, á un pórtico exterior, en el patio del pretorio, que abriga bajo su cúpula una silla de marfil.

• Esta silla tiene el aspecto feroz de la gloria y se advierte el derecho que da al conquistador la ciudad que se saquea y el pueblo que se asesina.

• Una escalinata de bronce, conduce á esta silla.

Todos están reunidos, los Ciento, los Diez y Nueve y los Once; tras ellos, y cayendo á veces de rodillas, viene Jesús, conducido por un soldado que tira de un ronzal pendiente á su cuello, como un aldeano puede tirar de una bestia de carga.

El defensor público, un abogado romano, el viejo Nemurion Plancus, gramático de la ley y que más tarde retiró Adriano, habla y dice lo que se debe evitar ó seguir.

“Un hombre es detenido por los judíos; la ley judía lo condena; los judíos pueden lapidarlo, están en su derecho; dicho esto, qué es lo que solicitan? la lapidación les parece muy rápida; quieren que se le clave y no que se le lapide y para eso suplican se les permita crucificarlo; esto corresponde á Roma, á Cesar y á los derechos de Roma; debe crucifijarse á este hombre? he ahí la cuestión.

“¿De dónde viene que el Sanhedrin prefiera para este hombre el suplicio romano al suplicio hebreo?”

“Es un rebelde? Es un ladrón de camino real? Esto no está probado por los judíos y solo su culto es el que parece haber sufrido alguna ofensa de este hombre.

“Ahora bien, puede recibir toda clase de afrentas un dios judío sin que por ello se ofenda Cesar.

“Un blasfemo judío es un parricida? El Sanhedrin lo ha dicho; ahora que el pretor decida.

“Después de todo, estos pueblos respetan al tribuno, y si deseau el suplicio vergonzoso de alguien, Cesar clemente puede acordarles esa gracia.”

En tanto que Plancus habla, un murmullo se levanta en el auditorio lleno ya de gesticulaciones, de voces y de amenazas.

Todos los sacerdotes rugiendo, estallan á la vez,

—“Pretor, es tu deber crucifijar á este hombre; se dice rey de los judios; es rebelde á Roma; nuestro dogma en esto está de acuerdo con la ley, porque es negar á Cesar afirmar que se es rey.”

Un lictor; apoyado en la columna del pórtico, escucha todo sin cólera; tras él está sentado, tranquilo, distraido, indolente, el hombre consular, Poncio Pilato.

Sus piés calzan la púrpura y se ofrecen sobre el mármol blanco; este mármol, que le realza tanto sobre el fondo de la cúpula para los romanos, le honra; de los judíos lo isla; porque nadie más que él pisa esa losa que colocara Corbulón el proconsul el año segundo del consulado de Octavio.

Pilatos, prefecto antiguo en el país Cávato, fué tan fiel en tiempo de las revueltas que Augusto le dió la ciudad de Lión.

Ahora es procurador y teniente consular.

El puerto de Tiro le paga un talento por galera.

Posée en Citeres, Grecia, una renta que le dan, quitando el derecho de Cesar, los pescadores de coral y de esponjas.

Prócula, su mujer, sabe el secreto de los sueños.

Pilatos tiene una inteligencia prudente y toca á la edad madura,

El pueblo judío, temblando, desprecia á este pagano, que lleva en torno de la frente tres bandas, la uua escarlata las otras violetas.

Su túnica senatorial es blanca á listas rojas,

A sus pies rastrea un enano familiar.

En la sombra, un archivero del tribunal escribe sobre una mesa.

Cuando se habla en voz muy alta el lic- tor terrible hace una señal y todos callan, porque el ruido de las voces contraría al pretor, amodorrado como un rey oriental

Y en tanto que vagamente surge el suplicio infame de todos estos corazones llenos de odio; por encima de las opiniones, de las voces, de los gritos, de las exclamaciones; sobre todos los negros complots; sobre todas esas miradas traidoras; sobre todos esos orgullos. La indomable loba de bronce arroja su bostezo soberano.

XVI

ROSMOPHIN

Los sepultureros de cruces ahondan en el calvario con las azadas.

La bruma, ese manto de duelo del cielo severo, cubre el monte, en el cual solos están estos hombres lejos del ruido, en la sombra.

Han trabajado casi toda la noche, A lo lejos se oye mugir al Cedrón; su corriente, por la abundancia de sus aguas, amenaza dominar su cauce.

Estos hombres se detienen después de haber abierto dos fosas.

Uno de ellos—el más viejo—dice á los demás: ‘creo que esto es todo; para dos cruces, nada más tenemos orden; serán para dos ladrones que se ejecutarán en las fiestas próximas; Dimas y Gestas creo que se llaman; hemos terminado, ya podemos marcharnos.

En ese momento, un sacerdote, Rosmophin de Jopé, que acaba de llegar en sombras envuelto, sale de la bruma como un tigre de su antro y les dice.

“Abrid en el centro una tercera.”

XVII

PEOR QUE JUDAS

Entonces Judas sintió el peso de los treinta escudos.

Los hombres son vencidos por el mal que han hecho.

Fué al templo y viendo á Caifás en el dintel de la puerta le presentó el saco, diciendo.

“Te lo devuelvo; he vendido al inocente; vuelve á tomar tu dinero; desgracia! Caifás; tómallo todo; allí está.”

Caifás le replicó:

“Sería un ladrón si tal hiciera, guarda tu talego y vete!”

“No, dijo Judas, soy un réprobo! un maldito!”

Y arrojando el dinero por el suelo, gritó:

“Te lo devuelvo todo; allí está toda la suma!”

Y los sacerdotes se reian del traidor.

Entonces este hombre se fué á un lugar siniestro y se ahorcó; en dónde? en qué vil barranco? en qué rincón maldito? cómo sufrió su sentencia el desgraciado? con qué especie de árbol construyó una horca? fué en algún clavo viejo pendiente de podrido muro do amarró el nudo vengador?

Nadie lo sabe.

Esta cuerda flota para siempre en las tinieblas.

XVIII

EL CAMPO DEL ALFARERO

Hay campos fatales; cementerios célebres; colinas y mares que han sido sangrientos.

A veces se encuentra uno con valles que cousevan la señal espantosa de los reyes, el olor de los atentados, el hollin de las carnicerías,

Monstruosos crímenes, semejantes á personajes, han pasado por bosques y montes que poniendo el dedo sobre los labios se ven con miedo.

Ascalón es horrible; Josafat, austero; el lago Asfaltito es negro; pero ninguno en la tierra que te iguale en horror, fúnebre Halceldamá!

Los vasos que un alfarero hizo con tu fango, tiemblan al resplandor turvio de las catacumbas y palidecen como urnas de sepulcros.

En el lugar implacable y profundo, estos vasos son sin duda los que llevan sobre la cabeza los espectros, cuando van á sacar agua del abismo.

Tu nombre parece trágico y hecho con una palabra que sufre.

Haceldamá! esta palabra se queja como un herido.

El talego de Judas fué recogido por los sacerdotes.

En seguida buscaron algún sitio de sepulturas infames destinado á los gentiles que por azar morían en la ciudad, enterrándoles así, á fin de que el extranjero quedase siempre fuera, no estando en su casa, ni aun entre los muertos.

Los sacerdotes eligieron el lugar solitario del Alfarero.

Los treinta escudos, con los cuales fué pagado este rincón de tierra, habían servido ya para pagar la entrega de Jesucristo.

Y desde entónces este lugar es nocturno.

Florece: crece la yerva; la aurora lo toca con su luz; pero nada puede disipar su noche.

¡s feroz, pertenece al duelo, al silencio, á la mirada fija y aterradora del infinito.

Un murciélago eterno la roza con sus alas.

Cualquiera que sea el astro, y cualquiera que sea la hora, en este campo lúgubre se entreveé siempre vagamente el bolsillo devuelto por Judas.

Siente uno que se agitan allí mortajas invisibles.

La sangre está suspendida gota á gota en las negruzcas yervas.

Misteriosos vuelos de larvas pasan en el viento, sobre la cabeza del pensador tenebroso, y vagas blancuras se estremecen en la bruma. Ay!

XIX

ECCE HOMO

Había entre los judíos una costumbre bastante antigua, á la que Roma no se oponía, consistiendo en permitir que el pueblo pudiese en libertad, el día de la Pascua, concediéndole su perdón, á uno de los criminales condenados á muerte que se hallasen entonces en las prisiones de Jerusalem.

Cerca del palacio, lugar sombrío en donde la multitud se aglomera, se allegaba el pueblo de la ciudad y aldeas vecinas, como en torno de un colmenar van las abejas.

En la puerta, un licor impedía la entrada, opou éndose con el mango de su hacha.